

POLÍTICA – 27 M

Un negocio en flor

Desde hace veinte años, alegra con colores la esquina del edificio de Hacienda mientras cultiva también su vocación feminista en la tertulia de Les Comadres

POR RAUL ALVAREZ

Parece una floristería que pone un toque lírico a la burocracia de la Agencia Tributaria, que funciona a una esquina de distancia, pero en realidad la tienda de Begoña Piñero es una base de operaciones oficiosa para la tertulia feminista Les Comadres. Ejercer de trabajador autónomo tiene tantos inconvenientes como un avión sin tren de aterrizaje, pero da libertad para hacer y recibir llamadas en los momentos de tranquilidad. Entre sus dos pasiones, el contacto con el público y la dedicación a la asociación con la que disfruta de su tiempo libre, Begoña Piñero pasa los días reuniendo ramos, apuntando encargos y ejerciendo como administrativa no remunerada de la tertulia. Organiza viajes con gran satisfacción y, por desgracia, se enreda en la tarea administrativa de justificar el gasto del dinero público procedente de subvenciones.



VOCACIÓN. Begoña Piñero prepara un encargo en su floristería.
MARIO ROJAS

Las flores y el activismo en Les Comadres siempre han ido mezclados en su vida. La tienda y la tertulia arrancaron casi al mismo tiempo, en 1986, y han ido perfeccionándose juntas. Begoña empezó como la cara de un negocio en el que los conocimientos eran ajenos, aunque en dos décadas ha tenido tiempo sobrado para formarse en el arte floral. Lo hizo con profesores italianos en una escuela catalana. Es un detalle relevante, porque muchos de sus colegas aprendieron el oficio en Madrid. Las técnicas son las mismas, pero el estilo es un poco diferente, una forma de tener firma propia y de ofrecer al cliente una alternativa. Lo malo es que el público asturiano no se acuerda demasiado de regalar flores ni de comprar plantas.

Como en tantos pequeños comercios, el negocio va por rachas. Con los años, Begoña ha aprendido a no desesperarse en las temporadas en que la tienda permanece vacía durante mucho tiempo y a fijarse en el balance anual. Compensando las épocas de escasez con la temporada alta de las flores, las cuentas cuadran y el negocio da para vivir. «Lo malo de ser autónomo es que resulta imposible hasta ponerse enferma. Te tiene que gustar mucho lo que haces para seguir con ello», reflexiona. La vocación y la necesidad se alían para atender el mostrador en las fiestas asociadas a las flores: el día de la madre, el domingo de Ramos, el Pilar, los Difuntos.

Frente a otras actividades, las floristerías conservan la ventaja de no tener competencia de espacios en las grandes superficies ni de las supercadenas que desesperan a los comerciantes de otros productos. El inconveniente es que los españoles no han importado de Europa el gusto por las flores. Recién llegada de Londres, aún recuerda con envidia las tiendas y los hoteles adornados con flores naturales. El hábito de regalar flores tampoco arraiga. «Un ramo parece un complemento de otra cosa, pero también puede llevarse de vez en cuando una rosa o un clavelín», aconseja. Para ir a la moda, la recomendación del momento es las phalaenopsis, unas orquídeas que entusiasman a los amantes de la jardinería.

Una florista atisba los momentos de celebración y de duelo, las bodas y los funerales, y aprende sin salir de su tienda algunas verdades sobre la vida, pero la escuela favorita de Begoña es la de Les Comadres, las tertulias, las conferencias, las presentaciones de libros y los viajes de las 200 socias, veteranas de causas políticas y sindicales o curiosas que se unen a un foco continuo de actividad cultural. Y, sin embargo, el momento más emocionante del año es una contribución al mantenimiento de la hostelería. La asociación ha conseguido reflotar el jueves de comadres y convertir la noche en una fiesta generalizada. No lo celebran con flores, pero veinte años de cuidados a la semilla del feminismo germinan para el Antroxu.